

Capítulo 1

¿Dónde se ha metido el conejo? Pensó girando en redondo sobre sí mismo. *No puede haber ido muy lejos. Hace un momento vi por aquí su estela. Aquella roca se ha movido, se habrá escondido detrás ¡O se habrá metido dentro!*

El muchacho con cara de niño corrió de forma imprecisa hacia la roca sin dejar de señalarla. El suelo irregular, surcado de charcos y agujeros, hacía aún más torpe su avance. Cada vez que el agua mojaba sus roídos zapatos daba un pisotón para salpicar la tierra de alrededor y sonreía.

Llegó hasta ella y la acarició con la palma de la mano notando su áspero tacto. Dio una vuelta rodeándola admirando sus formas y la curiosa oquedad que mostraba en uno de sus laterales.

— ¿Conejito? -preguntó alargando las vocales hasta tal punto que se comían a las consonantes-. ¿Estás ahí conejito?

Metió la cabeza dentro del agujero de la roca buscando alguna salida que no existía. La sacó extrañado y miró hacia todos lados. Se levantó y sintió un repentino dolor en la rodilla.

— Aisssss -siseó frotándose la rótula.

Echó a andar mirando al horizonte y buscando nuevos escondites. Entonces la vio de nuevo. La colorida estela del conejo serpenteaba entre los charcos alejándose de allí hacia una pequeña loma. Con la alegría iluminando su infantil rostro, corrió siguiéndola y olvidándose del dolor que hace un momento le había hecho encogerse.

Subió a lo alto de la loma con cierta dificultad y echó una ojeada alrededor. Desde aquel lugar se alcanzaba a ver una amplia extensión de terreno hacia un lado, y una serie de pequeñas montañas hacia el otro. Ni rastro del conejo ni de su estela de colores por ningún lado. Se sentó, alicaído y se frotó de nuevo la rótula.

Pasó cerca de treinta segundos en aquella posición hasta que decidió que era suficiente. Entonces se tumbó y se echó a rodar colina abajo riéndose sin control. Tambaleándose subió de nuevo hasta la mitad de la colina, y desde allí se volvió a tirar dando vueltas.

Mareado, se sentó sobre un charco y esperó a que el mundo que le rodeaba dejara de girar. Se había hecho daño en la muñeca al dejarse caer, pero no le importó. Miró hacia el barro, cogió un puñado con la mano y lo estrujó entre sus dedos. Aburrido, mojado, dolorido y cansado, se tumbó de nuevo y se detuvo a escuchar. Solo el silencio le rodeaba.

¿Dónde se habrá metido ese conejo? Se preguntó mirando hacia las nubes.

Su estómago emitió un tenue sonido y le recordó una vez más su acuciante necesidad. Se incorporó y bajó la cabeza.

— Mamá, tengo hambre -le dijo al charco sobre el que se encontraba.

Se levantó, y al hacerlo su rodilla derecha emitió un profundo chasquido que le hizo desequilibrarse. De nuevo en el suelo, lloró por el dolor.

Al cabo de un rato, se frotó las lágrimas de la cara e intentó ponerse de nuevo de pie. Su rodilla volvió a responder, pero no con la estabilidad que debía. Probó a caminar y

pudo hacerlo de modo que avanzó con torpeza oteando los alrededores en busca de la estela de colores del conejo.

Caminó durante casi una hora, arrastrando los pies sobre el barro y llamando cada tanto al conejo en aquel vacío que le rodeaba.

Se estaba aburriendo de buscarlo cuando lo vio. No su estela. El propio conejo. Peludo, sedoso y de alguna manera, limpio de arriba abajo. Se encontraba olisqueando un charco hasta que notó su presencia, entonces se irguió, y lo miró a los ojos.

— ¡Conejito! –gritó el muchacho.

Echó a correr hacia él con la alegría reflejada en su rostro, ajeno al dolor que se había agudizado tanto en su rodilla como en la muñeca. El animal lo esperó, tranquilo. Él continuó su carrera hasta que un pequeño montículo le hizo tropezar y caer de bruces sobre otro charco. El agua embarrada salpicó su cara. Cerró los ojos, se los frotó y cuando los abrió un escalofrío le subió por la espalda.

Había apoyado la mano derecha en el suelo frente a él para frenar la caída, y en la muñeca, sobre la zona que le dolía pudo ver un agujero en su piel. Pero no se trataba de una herida. No sangraba. Simplemente, su piel terminaba en ese punto, formando un agujero del tamaño de una uña. Y bajo ese agujero, nada. Solo una oquedad que parecía alcanzar el otro extremo de la muñeca. Giró su mano y vio una arruga sobre su piel, entre las venas marcadas. La acarició con un dedo, la alisó con cuidado y pudo ver la luz entrar en su muñeca al otro lado.

Se asustó. Se arrastró por el suelo reculando al tiempo que se miraba la muñeca. Y en esa posición pudo ver su rodilla. Hueca.

Se levantó sin importarle el dolor que era cada vez más intenso y real, y corrió intentando alejarse de sí mismo, y de lo que acababa de ver. Sin dejar de correr miró hacia abajo, viendo su pierna doblarse y extenderse con el movimiento de la carrera, al tiempo que abría y cerraba el agujero vacío que allí había surgido.

No vio la piedra del tamaño de un puño que había en su camino. Tropezó, cayó y perdió el sentido.

Capítulo 2

Xob salió de la sala de audiencias dando un portazo y haciendo retumbar aquella gruesa madera de roble. Ya daban igual los modales. Todo el trabajo de los últimos seis años no valía para nada.

— Ya solo quedáis trece –dijo intentando sonar indiferente sin conseguirlo.

Todos lo miraron, algunos de sus ya excompañeros cuchichearon. Solo una de ellos se acercó y apoyó una mano en su hombro.

— Lo siento, Xob. Son idiotas. No saben lo que hacen.

Él levantó la mirada y la cruzó con la de ella. Irimia había sido la primera en entrar y había resuelto su audiencia sin demasiados problemas. Sintió un injusto reproche hacia ella, pero logró ocultarlo.

— Bueno. Mejor ahora que dentro de seis meses –respondió sin mucho ánimo.

Se alejó y caminó hacia la salida consciente de que todos los ojos de la sala lo observaban, tal y como él había hecho con tantos otros. Resultaba extraño haber estado al otro lado de aquellas miradas más de un centenar de veces y sentir tan ajena aquella sensación de rechazo.

El primer año habían entrado más de ciento treinta aspirantes. Jóvenes de diez años que aspiraban a formar parte de la biblioteca y vivir permanentemente entre las moquetas, las lámparas, los tapices y las puertas de roble. Al final de ese mismo año, quedaban menos de la mitad. El segundo año se cobró las esperanzas de otros veinte aspirantes. Durante el tercero y el cuarto, siete. En el quinto y en el sexto año, seis. Y en aquel séptimo y último año, Xob sería el primero de muchos.

Caminando entre las adornadas paredes de la zona exterior de la biblioteca, se empezó a dar cuenta de que no volvería a recorrer aquellos pasillos. Se arrimó a uno de los lados y sin detenerse acarició la pared sintiendo su suavidad. Levantó la mirada, admirando con más sensibilidad que nunca la calidez de las luces de las lámparas. Sus ojos se humedecieron al despedirse de aquel entorno pulcro y cálido.

Atravesó varias estancias hasta llegar a un enorme salón, desde allí tomó un pasillo ancho y golpeó con los nudillos la tercera puerta a la derecha.

— Adelante –le invitó una voz desde el otro lado.

Xob accedió y su rostro resultó ser lo bastante expresivo, pues el hombre que estaba sentado al otro lado de un escritorio se levantó inquieto.

— ¿Qué ha ocurrido?

— No he pasado –se limitó a responder.

Desenganchó el botón de la capa con la insignia de la biblioteca y la dejó sobre la mesa. Sacó una pequeña tablilla de su bolsa y le depositó sobre ella.

— No sé qué decir. Lo siento.

— No digas nada, Anxo. Mejor ahora que dentro de seis meses.

El hombre bajó la mirada a la tabla y la capa que descansaban sobre la mesa.

— Quédate la carta de racionamiento –dijo señalando con un gesto a la tablilla de madera -. Diré que no tenía preparada la otra. Y vuelve en unos días.

Xob estuvo tentado de negarse por orgullo, pero sabía que se arrepentiría así que se acercó y la recogió. Al menos no pasaría hambre en los próximos días.

— Gracias –dijo emocionado.

— No es nada. Te dará unos días de comodidad.

— No por la carta. Por todo. Por la ayuda que me diste todo este tiempo.

Anxo sonrió con cierta amargura.

— Sabes que solo tutoreo a los que valéis la pena. Hemos perdido a quien podía ser un miembro muy valioso de la biblioteca.

Xob se acercó y lo abrazó, dejando, en silencio, que las lágrimas corrieran por primera vez.

— Estaré bien –acertó a decir.

— Te las arreglarás. Eres listo.

Se frotó la cara con la manga de su camisa y se separó de él.

— Hasta la vista.

Sin esperar más, sin detenerse ni volverse salió de la habitación y volvió al pasillo. Esta vez no levantó la vista del suelo. Quiso salir de allí cuanto antes de modo que aceleró el paso. Allí, sin la capa ocultando su envejecida ropa, atraía las miradas de cuantos se cruzaban con él.

Llegó ante las grandes puertas, y en un último vistazo se despidió de aquel lugar para siempre.

El cielo blanco le recibió con la misma lluvia con la que lo despidió unas horas antes, cuando entraba, pero con distintos matices. Ya no era una pequeña molestia inevitable, sino una muestra de la realidad que le esperaba. Notó el frío en la espalda, como si el exterior estuviera señalando la ausencia de la capa con un gesto impertinente.

Caminó entre la gente que abarrotaba las calles cercanas a las grandes puertas, y se alejó sin pensar hacia dónde caminaba. Intentó mantener sus pies secos, pero fue imposible evitar los charcos entre la gente y pronto le dio igual. No tenía nada que hacer en aquel momento, y tampoco quería volver a su cabaña a dar la mala noticia a sus padres, así que se dirigió hacia el único lugar al que le apetecía ir.

Nunca había estado fuera de la biblioteca por la mañana de modo que no sabía si Adria estaría en casa o estaría trabajando. Dudó unos instantes pero terminó golpeando la puerta con cuidado.

— ¿Adria?

Notó movimiento dentro de la cabaña y se puso de puntillas para mirar por encima de la puerta. Se encogió algo cuando vio a la madre de Adria acercándose para abrirle.

— ¿Xob? ¿Qué haces aquí?

Al contrario de lo que solía suceder, la vieja Clara no le miraba con desprecio. Aunque aquella novedad resultara agradable, no pudo evitar percibir un tenso gesto de preocupación en sus gestos.

— ¿Está Adria?

Ella mantuvo la actitud tensa y exhaló un pequeño suspiro.

— Salió con su padre a buscar a Glu.

Así que es por eso, pensó más tranquilo.

— ¿Ya se ha vuelto a escapar? ¿Sabes dónde se han ido a buscarlo? Podría ayudarlos.

— Sé que fueron a las cochiqueras, pero no sé si siguen allí. Pero, ¿tú no tendrías que estar en la biblioteca?

Xob se alejó mientras le hablaba.

— Voy a ir hasta allí. A ver si les ayuda a encontrarlo. Gracias.

Esta vez sí, Clara le dedicó una mirada desdeñosa. *Ahí está, la vieja Clara*, pensó echando a correr en dirección a las cochiqueras.

Rodeó los muros de la biblioteca alternando pequeñas carreras suaves con tramos caminando. Tenía los pies fríos y empapados, al igual que los pantalones hasta las rodillas. Poco le importaba seguir ensuciándose. Ya no tenía que mantener la estricta pulcritud exigida por los maestros, y en todo caso, resultaría imposible desplazarse por aquellos caminos sin mancharse las perneras.

Vio a Adria incluso antes que a la propia cabaña que alojaba a los cerdos. Discutía gesticulando con un hombre alto de aspecto estúpido y de edad indescifrable. Sus bucles castaños, perfectos, se agitaban con cada gesto, acariciando sus hombros y su espalda. Las manos, pequeñas, pálidas y delicadas se movían con gracia natural. Su voz, aún en medio de aquella tensa conversación, reflejaba una dulzura muy alejada del carácter que solía demostrar.

— ¿Qué ocurre? –preguntó Xob interrumpiéndolos sin mucho reparo.

El hombre se percató de su presencia y cambió por completo su expresión. Las cejas se elevaron y la voz perdió todo tono imperativo. Adria, por su parte, no cambió el gesto fruncido aunque pareció agradecida de su llegada.

— ¡Oh! Hola Xob –dijo él-. Esta chica dice que quiere buscar a su hermano en la cochiguera y yo le estoy diciendo que ahí no puede estar.

— Le estoy intentando explicar a este... a Saúl, que no es la primera vez que Glu viene a esconderse a aquí.

— ¡Que aquí no está! –respondió alzando la voz y volviendo a aquel gesto huraño - . He estado aquí desde que las abrimos, y no ha podido entrar.

Xob apoyó una mano en el hombro de Adria interceptando su réplica, y habló hacia Saúl con calma.

— Saúl. Ella se quedará más tranquila echando un vistazo dentro. Sé que ahí no va a estar, pero es su hermano. Déjala entrar un momento. No va a tocar ni a romper nada.

Las dudas se reflejaron en su rostro. Miró hacia atrás y mostró en la cara su sufrimiento.

— Es que no puedo. No puedo dejar entrar a nadie. No es cosa mía -dijo debatiéndose aún entre la lógica y el deber.

Ahora Xob apoyó su mano en el hombro de él.

— Vale, Saúl. Lo entiendo. Tranquilo -respondió en tono tranquilizador -. Pero seguro que puedes echar tú un ojo dentro. Nosotros te esperaremos aquí fuera. ¿Nos harías ese favor?

— No sé. Supongo...

— ¡Gracias! -le premió con entusiasmo -. Revisa bien cada esquina. Glu es muy escurridizo y le gusta meterse dentro de las cosas y esconderse en los lugares más estrechos. Sé que harás un buen trabajo.

Saúl asintió y echó a andar hacia el interior de la cochiguera. Xob echaría de menos la admiración con que la gente le miraba por ser un aprendiz de la biblioteca. Sonrió. Adria resopló justo antes de hablar.

— Yo no sé cómo puede ser que los más listos os entendáis tan bien con los más tontos.

Se giró y caminó hacia el muro de la biblioteca, a escasos metros, para sentarse en el alto escalón que había en su base.

— No es mala persona. Solo cumple órdenes -respondió imaginándose a sí mismo cuidando a los cerdos el resto de su vida.

Adria se inclinó hacia adelante con las manos apoyadas a ambos lados de sus piernas y mirándolo con gesto extrañado.

— ¿Y tú? ¿Qué haces aquí por la mañana? ¿No tendrías que estar...? -guardó silencio, adivinando lo que ocurría -. No me digas que...

Xob asintió bajando la mirada. Ella se llevó las manos a la boca.

— Vaya... lo siento...

Se encogió de hombros.

— Mejor ahora que dentro de seis meses.

Le contó cómo aquella mañana había acudido a la audiencia mensual. Había estudiado. Se había esforzado como cada mes, y aunque notaba un aumento de la dificultad de los retos, se había sentido preparado para afrontar uno más. Pero las cosas no habían salido como él había imaginado. Las preguntas fueron más incisivas de lo de costumbre agudizando sus dudas y haciéndole titubear en puntos de los que estaba seguro.

Al término de la audiencia el magistrado Hernán le sermoneó.

— Un letrado no solo tiene que saber, tiene que demostrar saber. No solo tiene que conocer, tiene que transpirar verdad. Contagiar conocimiento -le había dicho -. De nada vale

una verdad dicha en susurros y titubeos, porque nadie la contemplará y nadie la seguirá. Hay que vestir la verdad con su propia veracidad. Dejar que la palabra no sean solo sonidos, sino hechos. Un letrado no puede dudar de su palabra. Su palabra es su valor. Y su valor no puede temblar. Tu palabra se tambalea y se desmorona. No habrá sitio para ti en la biblioteca.

Aquellas palabras habían dado fin a seis años de intenso estudio, de constantes esfuerzos para ser mejor que muchos otros aspirantes que habían quedado atrás, y que al igual que él, habían tenido que renunciar a una vida mejor. Renunciar a trabajar en la biblioteca durante el resto de sus vidas, viéndose abocados a una vida de trabajos físicos, hambre y frío.

— Vaya. Qué pena –respondió Adria sin llegar a transmitir ese sentimiento.

— Fui a entregar la capa y la carta de racionamiento, pero... -bajó la voz hasta un susurro –Mi tutor me dejó conservar la mía durante unos días.

Adria abrió muchos los ojos.

— ¿Tú sabes cuánto te darían por algo así?

— Shhhh... -le recriminó él -. No puedo hacer eso. Tengo que entregarla dentro de tres días. Anxo me mataría.

— Pero podrías decirles que te la robaron –insistió ella en un volumen más adecuado.

— Es una falta muy grave. Podrían privarme de la carta de racionamiento pequeña para siempre.

Adria no insistió y miró al frente.

— Así que Glu se ha vuelto a escapar, ¿eh?

— No es como otras veces –dijo ella, seria -. Esta mañana ya no estaba en casa. No ha desayunado. Siempre vuelve en cuanto le entra el hambre y le hemos buscado por todas partes. No sé dónde más buscar. Esta es mi última idea.

— ¿Y tu padre? ¿No estaba buscando contigo?

Ella soltó una amarga carcajada.

— Sí. Lo está buscando en la destilería.

Saúl se asomó por la puerta de la cochiguera y los buscó con la mirada.

— Nada. He mirado por todas partes. Aquí no está.

Xob y Adria se descolgaron del escalón.

— Gracias –dijo él al tiempo que ella le dedicaba un tenue gruñido.

Se alejaron pisando el camino embarrado.

— No sé dónde más buscar –dijo abatida.

— Vamos a tu casa, puede que ya haya vuelto.

Ella se detuvo y lo miró a los ojos.

— Siento lo tuyo, de verdad. Pero estoy preocupado por Glu.

— Lo sé. Lo entiendo. Te ayudaré a encontrarlo.

— Tú lo dijiste antes, ¿no? Mejor ahora que dentro de seis meses.

— Pues sí –respondió.

Aunque mejor, hace seis años, se lamentó por dentro.

Capítulo 3

Ovidio acarició con suavidad los pétalos de las mifusas que crecían en su escritorio. Las guardaba como un extraordinario trofeo, pues no conocía ningún otro lugar donde crecieran aquellas flores. Incluso algunos de los otros letrados consejeros habían intentado trasplantarlas a otros lugares y aunque algunos habían logrado que resistieran cierto tiempo al final siempre se acababan muriendo. Todas ellas excepto las que crecían en aquella maceta. No sabía si se trataría de una serie de características especiales de la tierra que contenía, si se trataba de la temperatura o la humedad de su cuarto o si solo era cuestión de suerte, pero lo cierto es que resultaba un misterio para él que le recordaba día a día que le quedaban aún muchas cosas por descubrir a pesar de su amplia experiencia.

Un suave toque en la puerta desvió su atención de las plantas.

— Adelante.

— Siento molestarle señoría, pensé que le...

— Cállese -ordenó con voz autoritaria -. Olvídese de todo formalismo. Vaya al grano o me molestará más de lo que debería.

Escuchó cómo el joven tragaba saliva.

— Traigo un mensaje para usted.

Aguardó dos segundos y se impacientó.

— ¿A qué está esperando? Tráigalo aquí.

Como un resorte, el muchacho se acercó, le entregó el sobre y se esfumó sin hacer ruido al cerrar la puerta tras de sí.

Ovidio estudió el lacre intacto de Ulio. *Ha usado su sello, se trata de algo serio*, dedujo. Abrió rompió la cera con cuidado y extendió la hoja para leer su contenido. Reconoció la letra del consejero y procedió a leerlo.

Estimado Ovidio Cuarto Consejero de la Biblioteca,

Ya tienes conocimiento del frágil estado de salud de nuestro apreciadísimo Gran Maestro Vítor, y como soy consciente de tu sincera y constante inquietud, te pongo en conocimiento de los últimos cambios de su precaria situación.

Su voluntad ha sucumbido a la enfermedad y ha perdido la consciencia. Cada vez son más largas sus ausencias y más cortas sus vigias. Los médicos letrados hacen cuanto pueden por comprender y combatir su mal, pero desconocen el porvenir de esta afección que lo consume. No saben si logrará salir adelante.

Como ya sabrás, esta triste noticia ha sido largamente esperada por muchos de los carroñeros que optan a ocupar su aún ocupado cargo, y esgrimirán el impedido estado del Gran Maestro para solicitar formalmente una votación para ocupar sus funciones y finalmente su cargo si la situación empeora hasta la tragedia.

En estos duros momentos nos conviene movernos con tiento y presteza. Debemos velar por que el legado del Gran Maestro siga intacto hasta su vuelta, o tras su partida. Es por ello que solicito tu ayuda, y te invito a mantener una reunión en mis aposentos en cuanto tu tiempo te lo permita.

Esperaré tu apoyo y consejo hasta el anochecer. Te suplico que me envíes un mensaje de vuelta en caso de no poder comparecer a la reunión. El mismo mensajero que he enviado podrá traer tu respuesta si es menester.

Con mis mejores deseos. Ulio Octavo Consejero de la Biblioteca.

Dobló la hoja y cerró los ojos pensando durante unos segundos en el Gran Maestro Vítor. Su vitalidad había sido la envidia de toda la biblioteca durante su largo mandato, e incluso los más ancianos aseguraban no haber contado con un líder que se pudiera comparar a sus capacidades. Vítor destacaba en todas las cualidades que se podían esperar de un Gran Maestro. Era equilibrado, justo y sosegado. Fuerte y autoritario cuando la situación lo requería y comprensivo cuando era necesario. Capaz de leer las intenciones de los mayores embusteros, a los que sin embargo, no descubría hasta el momento adecuado. Su mente era un portento que destacaba incluso entre aquellas paredes donde se respiraba el conocimiento en cada rincón. Y ahora que parecía que su fin estaba cerca, el vacío que dejaba era tan grande que parecía imposible de cubrir con ningún otro candidato.

Muchos eran los que en los últimos años habían demostrado sus intenciones de optar al cargo. El viejo Tomé, que en su día compitió con el propio Vítor por el cargo; Silvio, un consejero joven, popular y ladino; Mateus otro de los más jóvenes candidatos, inteligente y tal vez el más equilibrado de ellos; y Ulio, su compañero cuando ambos eran simples aspirantes, y que al contrario que él, había sentido la llamada de la ambición para optar al cargo.

Sin duda, en los próximos días surgirían más candidatos, y comenzarían los corrillos y las especulaciones que tanto irritaban al consejero. Por si fuera poco, Ovidio tendría que aguantar constantes preguntas sobre las razones de no optar al cargo. Por algún motivo, gozaba de una gran popularidad dentro del consejo, y muchos pensaban que ambicionaría el título de Gran Maestro. Nada más lejos de la realidad, él amaba la vida que llevaba y desde su posición como un consejero más, aportaba su justo pedazo al buen hacer del consejo.

Ovidio guardó la carta en un bolsillo interior de su toga, se levantó y dio una última caricia a las mifusas violetas que descansaban sobre el escritorio antes de abandonar sus aposentos.

— Puede marcharse –le indicó al mensajero que aún esperaba junto a la puerta.

Recorrió los pasillos y las escaleras ascendentes que lo separaban de la habitación del Gran Maestre. Notó en las estancias que fue cruzando la excitación de cambios inminentes y su mal humor fue creciendo. Vivían un momento trágico, no solo porque peligrara la vida de un gran hombre, sino porque se asomaba un futuro incierto que ni por asomo igualaría al tiempo bajo el mandato de Vítor.

Alcanzó la puerta de la habitación del Gran Maestre y se sorprendió al encontrar allí un guardia custodiando la puerta. Lo ignoró y solo se detuvo cuando el guarda se interpuso en su camino.

— Lo siento, consejero, los médicos han pedido que no se les moleste.

— Muy bien, me cuidaré de no molestar –respondió con la intención de continuar con su avance.

El guardia se movió de nuevo para impedirle el paso.

— Debe esperar, señor. Son órdenes estrictas.

La puerta de Vítor nunca había estado cerrada para él, y le frustraba que en aquellos duros momentos sí lo estuviera. Sostuvo la mirada del guardia sin avanzar ni retroceder.

— Consultaré si se le permite la entrada, consejero. –El guardia pareció intimidado -. Aguarde aquí, por favor.

Entró en la habitación con mucho cuidado y cerró la puerta sin emitir el más mínimo ruido. Al cabo de unos instantes, volvió a salir con el mismo tiento.

— Puede usted pasar –concluyó sosteniéndole la pesada puerta.

En un primer momento, aquella no le pareció la misma habitación a la que tantas veces había acudido. Las ventanas habían sido tapadas, y en la penumbra, los muebles habían sido redistribuidos para dar cabida a un montón de libros y utensilios médicos esparcidos por todos lados.

La habitación de Vítor no era más lujosa o espaciosa que la de cualquier consejero. Una cama, un escritorio amplio, dos cómodas, un baúl y muchas estanterías repletas. Existía la tradición de que el Gran Maestre mantuviera sus mismos aposentos que cuando había sido nombrado consejero, con el fin de limitar los beneficios del cargo y disuadir a quienes optaban a él con la intención de obtener algún tipo de beneficio o favor. En la medida de lo posible, el Gran Maestro mantenía los privilegios inherentes a pertenecer al consejo.

En el medio de la estancia, dos personas custodiaban una cama sobre la que descansaba Vítor. Una de ellas permanecía sentada con gesto serio mirando cómo la otra se inclinaba sobre él y le observaba la cara. Al acercarse, ambos le dedicaron un rápido vistazo y siguieron con sus tareas sin decir nada. Ovidio, observó el enfermizo rostro de su amigo, más marcado y pálido de lo normal.

— ¿Cuál es su dolencia? –susurró de forma casi imperceptible.

El hombre que se encontraba sentado respondió en su mismo tono.

— No lo sabemos todavía. Su cuerpo lleva días sin aceptar la comida. Ha sufrido mareos constantes y pérdida de fuerza. Se ha desmayado varias veces. Hoy ha perdido la consciencia durante unas horas, se ha despertado desorientado y tras una hora se ha vuelto a desvanecer.

— ¿Por qué mantenéis la habitación a oscuras?

— Necesitamos que se despierte y la luz lo impide. En la oscuridad podemos alargar los momentos que se mantiene despierto.

— ¿Fiebre?

— No. Su temperatura incluso es algo baja.

Ovidio se frotó la barbilla observando a su amigo. Arrugó el gesto preocupado y se dirigió de nuevo al hombre de la silla.

— Necesito hablar con él. ¿Le diréis que deseo hablar con él cuando recupere la consciencia?

Respondió el que se encontraba de pie.

— Le diremos que usted ha estado aquí con esa intención. Él decidirá.

Asintió y se alejó hacia la puerta con cuidado de que sus pisadas no emitieran ningún sonido.

No tardó demasiado en llegar a la habitación de Ulio. Llamó a la puerta, y cuando recibió permiso, entró.

— ¿Cómo saludarse en un día como hoy? –le recibió el consejero levantándose de una butaca.

Un hombre ancho, pero enérgico. Su mirada se movía a una velocidad frenética, de un lado para otro, observándolo todo aún cuando se encontraba en su propia habitación. De pelo negro con canas salteadas y una barba lisa, pero incipiente que parecía no crecer nunca.

— En días como hoy, sobran los saludos –se estrecharon la mano y se sentaron en las dos butacas que presidían el amplio salón.

El anfitrión había dispuesto un par de cuencos de vino y se apresuró a llenar el de Ovidio e igualó el suyo.

— Muy cierto. Cuanto antes nos movamos, más efectivo será nuestro movimiento.

Ambos dieron un sorbo a su cuenco. Uno lo tragó rápido, inquieto por comenzar la conversación, el otro lo paladeó y lo entretuvo en la boca saboreándolo sin abandonar la amargura que traía consigo.

— El Gran Maestro no va a salir de esta –comentó Ulio con energía.

Guardó silencio sin dejar de mirar la reacción de su compañero.

— No lo parece –respondió viéndose obligado a dar otro sorbo para tragar de nuevo aquellas palabras.

— Ya ha habido movimientos. La gente se está posicionando ante la inminente vacante del cetro del Gran Maestre. Son como buitres. No sé si estás al tanto, pero te pondré al día de todos modos.

»Tomé está sembrando en el consejo la necesidad de instaurar un Gran Maestre en funciones antes siquiera de hacer una votación. Sabe que no tiene muchas opciones de salir elegido en una votación permanente, pero que tiene más opciones de conseguir el puesto si se trata de algo temporal. Supongo que espera desde esa posición ganarse la simpatía de la que carece ahora mismo.

Hizo una pausa para esperar una réplica. A regañadientes, Ovidio entró en la conversación.

— O puede que solo quiera agilizar las decisiones del consejo. Tomé nunca se ha mostrado muy sutil en sus estrategias.

— Mateus no se ha movido demasiado. Solo ha comentado a quien le ha preguntado, que lo mejor sería reunir un grupo selecto de consejeros para tomar decisiones mientras se resuelva la situación del Gran Maestre. Se opone a realizar una elección única mientras Vítor siga con vida.

»Silvio se ha movido desde la sombra. No parece querer postularse abiertamente como candidato, pero para empezar ya se ha asegurado de que Mateus lo incluya en su grupo de consejeros, que por cierto, también te incluye a ti.

— ¿A mi? –preguntó levantando la vista del cuenco por primera vez.

— Sí, a ti. No te sorprendas tanto. Eres una voz respetada en el consejo y nadie te cree capaz de negarte a formar parte de un concilio temporal. Eres la voz más cercana al Gran Maestro de todo el consejo.

— Aún así, me resulta un extraño movimiento. Hasta ahora me han excluido por sistema de cualquier movimiento –reflexionó en voz alta.

— Parece que las estrategias han cambiado. Ten presente que todos buscarán tu apoyo. Ya he dicho que el consejo te respeta, y tu apoyo abierto a un candidato sumará votos.

Ovidio lo celebró con ironía dando un pequeño sorbo. El contenido del cuenco estaba bajando demasiado rápido.

— Los demás están peleándose entre sí por colarse entre los candidatos. Muchos están tanteando al resto a ver si tienen opciones reales, pero creo que no habrá más candidatos que nosotros cuatro: el viejo Tomé, Mateus, Silvio y yo. ¿Tú qué opinas? ¿Qué debemos hacer?

Suspiró antes de responder.

— Lo primero que deberíamos hacer sería censurar cualquier movimiento que falte el respeto a nuestro Gran Maestro.

— Cierto. Nos dará fuerza moral para ser escuchados.

— ¡No! Nos hará más civilizados. ¡Que nadie se atreva a enterrar al Gran Maestro mientras siga respirando!

— Por supuesto, claro –recapitó Ulio escondiendo su arrepentimiento tras el cuenco.

— Lo segundo debería ser garantizar que la soberanía de la biblioteca siga siendo ágil y eficaz. No parece mala idea armar un grupo reducido con los consejeros más influyentes que tome decisiones mientras el Gran Maestro siga indispuerto.

— Apoyar la respuesta de Mateus.

— Es lo más lógico –confirmó Ovidio.

— Es una pequeña victoria para él.

— Para el consejo.

— Sí. Es una medida lógica. Se sale de los cánones tradicionales, pero la veo irrefutable.

— Tercero. –Continuó el consejero -. Debemos evitar a toda costa que Silvio alcance el liderazgo del consejo. –Ulio arrugó el ceño pero no dijo nada -. Incluso si eso supone ceder tu apoyo a otro candidato.

— Entiendo –respondió sin mucho convencimiento.

— De cara a tu estrategia –añadió Ovidio introduciéndose en el terreno que a su compañero le interesaba -. Yo me centraría en buscar lo mejor para el consejo y la biblioteca. Eso es lo que ha hecho Mateus y ya le ha valido una pequeña victoria, según tus propias palabras. Si actúas en esa dirección, sin buscar segundas lecturas, te ganarás la confianza de los que no están de parte de nadie. A los demás ya los tienes perdidos. O ganados.

— Claro. Es lo más inteligente.

— Y es lo mejor para todos.

— Por supuesto. –Juntó las yemas de los dedos en un gesto de meditación -. Debemos pensar en qué momento me darás públicamente tu apoyo. Muchos ya lo sospechan, pero eres una baza importante y debemos usarla en el momento exacto.

Ovidio suspiró y se puso en pie.

— Todos estos juegos políticos son los que me mantienen alejado del cetro. Me agotan tanto que me dejarían sin fuerzas ni para levantarme de la cama.

Ulio rió con sinceridad.

— Serías un Gran Maestro incuestionable si supieras lidiar con ellos.

— Si quieres podemos continuar hablando mañana a la hora de comer. Tengo asuntos que atender, y creo que por ahora poco más podemos hacer además de lo que ya hemos hablado.

— Amigo mío. Muchas gracias por tu consejo.

— Sabes que solo lo hago para no tener que aguantar tus lamentos –bromeó sin mucho énfasis.

— Lo sé. –Le devolvió la sonrisa -. Y perdona si me muestro insensible con la situación de Vítor. De verdad que me preocupa. Y si en algún momento parezco egoísta en mis intenciones, perdóname también. Sinceramente lo hago pensando en que el consejo pueda tener al mejor líder posible. Aunque a veces el camino para conseguirlo no sea la opción ideal.

Ya de pie, Ovidio se giró hacia su amigo.

— Sé de qué va la política. Tú procura no apartarte demasiado de ese camino. Te alertaré si lo haces, tranquilo.

— Gracias por eso también.

Se despidieron sujetándose por los hombros, y se separaron con diferentes preocupaciones rondando sus cabezas.

Capítulo 4

Dos horas después de haber estado en la cochiguera, Xob y Adria seguían buscando a Glu. Habían comprobado que no había vuelto a casa, y desde entonces se dedicaban a dar vueltas sin orden ni objetivos más allá de cubrir todo el espacio posible y no quedarse quietos.

Xob sentía la desesperación de Adria como propia. El niño había desaparecido desde la noche anterior, y aunque no era la primera vez que lo hacía, siempre volvía en cuanto sentía, hambre, frío o simplemente se aburría. Además, ya habían agotado todas sus ideas. Habían revisado todos los sitios a los que a Glu le gustaba ir, aquellos donde se solía esconder y en los que se podía perder. Lo peor no era no haberlo encontrado, sino quedarse sin sitios donde buscar. Por si aquello fuera poco, Adria no dejaba de repetir que su hermano se había adentrado en el páramo.

— ¿Otra vez? –preguntó exasperado ante la enésima vez que ella repetía aquello - . Que no está en el páramo. Si se fuese a escapar para allí alguien lo habría visto alejarse y lo habrían detenido.

— ¿Y si no lo vieron? ¿Y si lo vieron y lo dejaron irse?

Su desesperación iba en aumento de modo que la abrazó.

— Ya verás como aparece pronto. Y te lo repito, si se escapara hacia el páramo alguien lo habría visto.

Ella se separó para alzar la mirada.

— Claro. No hemos preguntado. Hemos revisado todos los lugares posibles, pero no hemos preguntado si alguien lo ha visto.

— ¿Pretendes que...?

Ella le interrumpió.

— ¡Tenemos que hacer algo! –se enfadó -. Nos separaremos. Tú vas a la arboleda, a la cantina y los baños. Yo iré a los establos, al jardín, al arroyo y a la cochiguera.

Xob pensó en su familia. No lo esperaban, pero aún no les había transmitido la noticia de la audición. Decidió que no había prisa por transmitir la mala noticia.

— Será mejor que yo me encargue de la cochiguera.

— Como quieras. Nos reuniremos en mi casa cuando terminemos.

Se separaron, y la tarea perdió parte del interés para Xob. Aún así, se la tomó a conciencia. Glu había desaparecido y no era ninguna broma. Había restado importancia a la posibilidad de que se hubiera escapado hacia el páramo, pero en el fondo temía que así fuera.

Comprobó en primer lugar la cantina. Era del que más cerca estaba y sabía que a Glu le encantaba pasearse por allí y mendigar algo de comida a la gente que acudía a percibir su ración diaria. Por suerte, había alguien a quien preguntarle que llevaba allí desde las primeras luces del día.

— ¡Buenos días! Estoy buscando a un chico que se ha perdido. Es un poco más bajo que yo. Corpulento, siempre está sonriendo y tiene cara de niño. No se le entiende muy bien cuando habla. ¿Lo habéis visto?

Las dos mujeres que se encargaban de dispensar las raciones se miraron entre sí. Una de ellas tomó la delantera.

— ¿Hablas de Glu?

— ¿Lo conocéis? ¿Lo habéis visto esta mañana?

— Suele venir por aquí cada varios días. Se coloca al lado de la fila y habla con la gente. Hoy no ha venido. Por lo menos yo no lo he visto.

La otra mujer pareció comprender a quien se refería.

— ¡Ah, ese chico! Yo tampoco lo he visto. Incluso diría que no ha estado por aquí. Siempre viene a saludarnos.

— Vale. Muchas gracias.

Se alejó de allí. Al menos podía descartar con casi total seguridad que Glu hubiera pasado por allí. Cerca de allí, se encontraba la arboleda, un espacio no demasiado grande junto al muro de la biblioteca en el que crecían varios árboles juntos. Era una zona de sombra para los días de calor y una zona de convivencia donde muchos niños se reunían para jugar en sus ratos libres o cuando se escapaban de sus tareas. La gente adoraba aquel lugar, era su paraíso personal. No eran conscientes de que al otro lado de la muralla, la extensión arbolada se extendía hasta más de diez veces el tamaño de la parte exterior y estaba acompañada por extensiones de hierba, pequeños estanques y bancos.

En una de las ramas de los viejos robles de fuera, había un columpio colgado desde más de diez metros de altura. Las cuerdas estaban roídas y la madera desgastada y remendada, pero aún eran muchos los que se atrevían y disfrutaban de su suave balanceo.

Xob dio una primera vuelta por los alrededores contemplando a los que permanecían allí. Después de un par de minutos comenzó a preguntar, recitando la descripción de Glu una y otra vez.

Muchos respondían que acababan de llegar a aquel lugar y que no habían visto a nadie. Otros, simplemente negaban con la cabeza y seguían con sus cosas. Una señora que pasaba por allí cargada con una cesta de cereales se mostró preocupada por la situación.

— ¿Desde cuándo está perdido?

— Desde ayer por la noche.

— Pobre criatura. ¿Has visto en los establos? A los niños les gusta mucho ir a ver a los caballos.

— Sí, hemos visto por todos lados y nada.

— Oh, madre mia. No habrá ido hacia...

— Esperemos que no, pero no lo sabemos.

Ella se llevó una mano a la boca horrorizada.

— Que tengáis mucha suerte.

— Gracias –soltó sin mucho ánimo mientras la mujer se alejaba.

Xob se aseguró de preguntar a todos los que ya estaban allí cuando él llegó. Cuando estuvo seguro de ello, puso rumbo hacia los baños.

No estaban muy concurridos en aquel momento. La mayor parte las gentes del exterior, estaban trabajando en aquel momento y al igual que la cantina, los baños recibían muchas más visitas a primera hora, a medio día y antes del anochecer.

Xob preguntó a todos los presentes. A los que llegaban, a los que se iban y a los que pasaban por allí. Sin éxito. Interrogaba a un hombre que apenas se detuvo a escucharle, cuando un niño le interrumpió.

— ¿Tú eres Xob?

Echó un vistazo a aquel niño. No debía de tener más de doce años. Se había adelantado de un grupo de cinco niños de su misma edad. No lo reconocía.

— Sí, ¿por qué? ¿Te conozco?

— No, pero conoces a mi hermano. Lucio.

Sintió un pinchazo al recordar a su excompañero aspirante.

— ¿Es verdad que te han echado?

No mostró ni un ápice de empatía en su voz. Aquella insolencia había hecho más daño a Xob del que le gustaría, y desde luego, más del que estaba dispuesto a admitir. Decidió responder con calma.

— He llegado hasta el séptimo año de aprendizaje. Ha valido la pena –mintió.

— Entonces te han echado –concluyó otro desde su atrás.

Contuvo su reacción. Buscó la forma de cambiar de tema.

— Estoy buscando a un chico. Mayor que vosotros. Corpulento pero con cara de niño. Que va siempre sonriendo. -Dos de ellos se miraron y rieron. Habían reconocido la descripción -. ¿Lo habéis visto hoy?

El cambio de actitud de Xob los cogió por sorpresa. Uno iba a contestar, pero el que se había acercado a él le interrumpió.

— No puedes hablarnos así. Eres un iletrado más. No eres superior a nosotros.

El gesto de desprecio de aquel niño colmó su paciencia. Se adelantó, lo agarró por el cuello y lo arrastró hacia atrás. Lo apoyó contra una pared. Los que pasaban por allí se detuvieron a observarles, pero nadie intervino.

— Exacto. Si fuera aún un aspirante, una muestra de mala actitud, aunque fuera con unos mocosos como vosotros supondría mi inmediata expulsión. Pero resulta que ahora soy como vosotros. Me acaban de expulsar, y tengo ganas de que alguien lo pague.

Notó en su mano como el niño tragó saliva.

— Ahora me vais a decir dónde habéis visto a ese chico.

El muchacho buscó una escapatoria con los ojos, luego pidió ayuda con la mirada a sus amigos, pero ninguno se movió. Al final, se rindió.

— Vino... a jugar aquí a los baños. Quería jugar... con nosotros.

— ¿Cuándo?

— Esta mañana. A pri... primera hora.

— ¿A dónde se fue?

Tragó saliva de nuevo y guardó silencio de nuevo. Los otros chicos se marcharon corriendo.

— ¿A DÓNDE? -le gritó.

— Le dijimos... no creo que... no creo que haya ido...

— ¿QUÉ LE DIJISTEIS?

— Estábamos jugando con... unos palos. Él cogió uno del suelo y... quiso jugar. Le dijimos que... que su palo no valía. Que nosotros lo habíamos cogido... en el páramo. Que solo se podía jugar con aquellos palos.

Xob lo soltó. El niño quiso escabullirse pero lo agarró por la ropa de nuevo.

— ¿Lo visteis marcharse?

— No sé. Se alejó. Nos dejó en paz. No lo volvimos a ver.

Lo soltó del todo y corrió soltando improperios. Algunos de los que pasaban por allí se habían parado a mirar. Se fueron disolviendo poco a poco dedicándole malas miradas. Para él aquello no era un problema. Su problema acuciante era cómo le iba a contar aquello a Adria.

Xob no fue directo a casa de Adria. Decidió hacer algo antes, de modo que se encaminó hacia la entrada a la biblioteca. Había sido expulsado de ella, pero los guardias que solían custodiar la puerta estaban acostumbrados a verle pasar, y hasta que no pasaran unos días y alguien les informara de lo sucedido, o sospecharan por su indumentaria, podría entrar y salir sin ser detenido.

Caminó por los pasillos que tan bien conocía. Atravesó salones y algunos patios con soportales, para llegar finalmente a una de las salas de estudio. Su instinto no le había engañado, como cada mañana a última hora, Irimia se encontraba allí estudiando. No reparó en él hasta que se sentó a su lado.

— ¿Xob? ¿Aún estás aquí? Quiero decir... ¿Cómo es que estás aquí?

Él rio ante su involuntaria impertinencia. La conocía lo suficiente como para no enfadarse.

— Acabo de entrar. He venido a buscarte. Necesito que me hagas un favor.

— ¿Qué ocurre?

— ¿Recuerdas a Adria? -Ella asintió -. Su hermano se ha escapado anoche. He investigado y parece que se ha ido al páramo.

Ella soltó una exclamación ahogada.

— ¿Cómo lo sabes?

— Me lo dijeron unos chicos que lo vieron marcharse –mintió para simplificar.

— ¡Es horrible! –Alguien en la sala pidió silencio. Ella bajó el volumen -. ¿Y qué puedo hacer para ayudar?

— Habla con el maestro Talos. Convéncele para que organice una partida de búsqueda.

Irimia cerró el libro y se puso en pie dispuesta a marcharse.

— ¿Cómo...? No puedo hacer eso.

— Claro que puedes.

— No, no puedo. Ya sabes lo que nos presionan. No puedo importunarlos. Me estoy jugando mucho, Xob.

Era cierto. Habían pasado unas horas, pero Xob lo sentía como si hubiese ocurrido hacía una semana. Los profesores exigían cada vez más a los aspirantes. Molestar a un profesor con aquello podía significar que el profesor la tomase contigo y redujera tus posibilidades de pasar la siguiente audiencia. Por eso había nombrado a Talos. Talos adoraba a Irimia, y era el maestro más cercano para los alumnos.

— Es Talos. No se va a molestar. Él conoce gente de arriba, de las torres, del consejo. Sé que cada cierto tiempo organizan expediciones al páramo. Podrían organizar una para buscar a Glu.

Habían salido del salón y caminaban por los pasillos de la biblioteca. Irimia llevaba un paso rápido que Xob seguía con dificultad.

— No es tan fácil. Se arriesgan vidas en una partida por el páramo. No van a montar una búsqueda por las palabras de unos niños. Y menos si son de una familia de iletrados.

De nuevo, tenía razón.

— Tenemos que intentarlo, Iri. Nadie va a mover un dedo por ese niño. Ni sus padres están realmente preocupados. Solo Adria. Tenemos que ayudarla.

— Sé lo que me van a decir. Si el niño ha estado en el páramo y aún no ha vuelto, ya está muerto. No organizaremos una expedición para recuperar un cadáver.

Xob dio una pequeña carrera para ponerse a la altura de ella.

— ¿Qué propones? ¿Que no lo intentemos? ¿Que nos olvidemos de ese niño y sigamos con nuestras cosas?

Ella se paró delante de una puerta, suspiró con fuerza y lo miró con furia.

— Te voy a matar.

— Entonces, ¿me ayudas?

No respondió, señaló con la mirada la puerta que tenían delante. “Despacho de Talos”, rezaba el letrero.

— ¡Eres la mejor! –susurró Xob mientras se alejaba sonriendo.

Capítulo 5

¿Cómo me dejo meter en estos líos?, pensó Irimia en cuanto vio a Xob alejarse por el pasillo. *No va a pasar nada, tranquila. No va a pasar nada. Se lo pides, te responde y te marchas*, se dijo tratando de relajarse.

Llamó a la puerta y esperó. No hubo respuesta. Estaba a punto de irse cuando la puerta se abrió.

— Irimia. ¡Qué sorpresa tan agradable verte por aquí! Pasa. Pasa y cuéntame.

Cerró la puerta tras ella y la invitó a tomar asiento en una de las sillas al otro lado de la mesa. Era un despacho pequeño, pero bien equipado. Todas las paredes estaban cubiertas con estanterías, llenas de libros, pergaminos y algunos utensilios. Todo estaba perfectamente ordenado excepto unos grandes pergaminos extendidos sobre la mesa. El maestro se apresuró a recogerlos para despejar su superficie y los colocó con cuidado en una balda superior a su derecha.

— Me imagino que has venido a preguntarme algo, ¿no? Adelante –la invitó tras sentarse él al otro lado.

Ella titubeó. No sabía muy bien cómo abordar el tema.

— Verá, señor. Tengo un ser muy querido al que le ha ocurrido una desgracia. Por motivos que desconozco, un familiar cercano se ha marchado y se ha perdido en el páramo.

Talos adoptó una postura más rígida.

— ¿En el páramo? ¿Estás segura?

Dudó.

— Sí.

— ¿Un iletrado, no? –Ella asintió -. ¡Será inconsciente! ¿Cómo quieren que se lo digamos? El páramo no es un camino por el que podemos pasear alegremente ¿Es que no se dan cuenta?

— Señor, es un niño. Me imagino que no sabía lo que hacía.

El maestro se frotó la mandíbula pensativo.

— ¿Y qué quieres que haga?

— Tengo entendido que se organizan expediciones por el páramo cada cierto tiempo. Incluso he oído que alguna vez se han hecho partidas de búsqueda de personas desaparecidas –se aventuró.

— En efecto, pero no de iletrados.

Ella contuvo un gesto de rabia.

— Pensé que tal vez haya programada alguna expedición en los próximos días y podrían aprovecharla para buscarlo.

— Creo que hay una dentro de una semana, pero para entonces ese niño ya estará muerto.

— ¿Y no podrían adelantar alguna que ya estuviera planeada para los próximos días?

— ¡Es un iletrado! –exclamó el maestro exasperado.

— Señor, en este momento yo también soy una iletrada, al igual que mi familia.

No pudo contener el tono de reproche en sus palabras, sin embargo, Talos no pareció afectado.

— Entiéndelo, Irimia. Se han organizado contadas partidas de búsqueda, pero han sido siempre para buscar a miembros especialmente útiles de la biblioteca. Consejeros, maestros... grandes personalidades. Una expedición por el páramo es algo muy serio. Se ponen en riesgo vidas de personas ilustradas de nuestra sociedad. No puede hacerse a la ligera. Además, un iletrado no duraría más de un día en el páramo. Menos si es un niño.

— Pero señor, si solo...

— Irimia, Irimia... ¿Qué pensarías tú si después de todos estos años de esfuerzos y sacrificios, mientras los otros niños trabajan con sus manos y se divierten, tú consigues entrar en la biblioteca y de buenas a primeras arriesgas todo tu esfuerzo y talento enviándote a una partida de rescate de uno de esos niños que no saben lo que es la disciplina y el aprendizaje? Sería como quemar un libro para calendarse las manos.

— Estaría dispuesta –respondió ella con firmeza-. Se trata de un niño.

Talos guardó silencio examinándola como si intentase ver más allá de sus ojos, intentando evaluar hasta que punto era sincero su convencimiento.

— Haremos una cosa –añadió finalmente-. Informaré de la situación, y les plantearé la posibilidad de adelantar una expedición planeada. A cambio tú me ayudarás con una ardua tarea que se me ha encomendado.

— ¿Qué tarea?

— La sección H del almacén de libros este debe ser revisada, catalogada y ordenada. Me vendría bien tu ayuda.

— ¿Toda una sección?

— No me han puesto plazos para esta tarea. Es un trabajo de documentología, creo que te resultará interesante.

Ella dudó.

— De acuerdo.

Talos sonrió y se levantó.

— Muy bien. Te avisaré cuando empecemos con el trabajo. Tendrás noticias mías en cuanto obtenga una respuesta a tu petición.

Su tono y sus gestos la invitaron a marcharse, lo cual ella agradeció. Las cosas no habían salido como ella habría querido, pero había logrado su objetivo. Solo esperaba que valiera para algo.

Capítulo 6

El agua golpeando su cara le hizo despertar. Le dolía la cabeza y se sentía aún algo mareado. Miró hacia el suelo sobre el que se encontraba y vio cómo la lluvia caía sobre un charco rojo. Miró hacia arriba y sintió las gotas caer sobre su cara. La lluvia era de colores en aquel lugar.

Se levantó. Se miró la muñeca y se dio cuenta de que podía ver a través de ella, pues tenía un hueco en la articulación. En la rodilla notaba un efecto similar, y aunque le dolía, no le importó ¡La lluvia era de colores!

Se levantó con cierta dificultad. Las rodillas y los tobillos parecían negados a moverse. Ya en pie, comenzó a dar vueltas abriendo los brazos y mirando hacia el cielo riendo a carcajadas. Fruto del mareo y del deficiente funcionamiento de sus piernas se cayó al suelo, pero no dejó de reír. Sintió el estómago revuelto y no pudo contener su contenido que expulsó al suelo frente a él.

El líquido se mezcló con la lluvia de colores, donde predominaba el rojo sobre los demás. Se alejó de allí dando brincos que cada tanto le hacían perder el equilibrio, al tiempo que canturreaba de forma imprecisa tres simples letras.

— Glu. Glu. Glu-Glu-Glu. Glu. Glu. Glu-Glu-Glu.

Cuando se cansó se detuvo, dio una vuelta sobre sí mismo buscando al conejo, pero con el colorido de la lluvia le costaba detectar su estela. Caminó los minutos siguientes oteando las colinas que le rodeaban en busca de alguna señal de su presencia. Mantenía la mirada en lo alto cuanto sintió como si alguien hubiese agarrado su pie. Miró hacia abajo y lo vio enterrado en el fango. Intentó sacarlo y sintió cómo el otro se le hundía aún más.

En cuanto quiso darse cuenta, el barro le llegó hasta las rodillas y se le introdujo por los agujeros que había en estas. Se quedó quieto y analizó su situación. De pronto, y sin previo aviso se tumbó sobre aquella superficie resbaladiza y comenzó a agitar los brazos lanzando carcajadas al viento.

Salpicó barro por todos lados, hizo figuras con ellos y nadó sobre el pegajoso lodazal. Su cuerpo se enterraba un poco con cada movimiento, pero había logrado sacar las piernas a la superficie. Tumbado, no se hundía más que unos centímetros así que cuando se aburrió de jugar en aquel lugar se arrastró como una serpiente hasta un terreno más estable. Se puso en pie y se miró los brazos y las piernas. Cubierto de barro de los pies a la cabeza no dejó de reír. Solo lo hizo cuando su cuerpo decidió vomitar de nuevo.

Reanudó su carrera dando pequeños saltos y canturreando.

— Glu. Glu. Glu-Glu-Glu. Glu. Glu. Glu-Glu-Glu.

Cada rato se detenía, se sentaba, descansaba y luego continuaba. Tenía hambre, estaba cansado, tenía frío y sed, pero... ¡la lluvia era de colores.

Capítulo 7

En la penumbra Vítor parecía más un cadáver que una persona viva. Allí, postrado en su cama, Ovidio nunca habría apostado porque aquel saco de huesos y piel fuera el mismo Gran Maestro que desbordaba vitalidad por cada poro de su cuerpo.

En un pensamiento macabro, se cuestionó si no sería posible introducir su mente en el cuerpo de otra persona. Una mente tan brillante, alojada en el cuerpo de uno de esos iletrados que desperdiciaban por completo sus vidas. ¡Qué injusto resultaba darse cuenta de que más pronto que tarde perderían a aquel extraordinario hombre! Y el mundo seguiría girando como si no hubiera pasado nada, pero más vacío y menos sabio.

Y era en aquel momento cuando se daba cuenta de la estabilidad que el Gran Maestro le daba a Biblos. Sin él, el futuro se mostraba confuso, y surgía la necesidad de preocuparse por el gobierno de la biblioteca. Por un instante se vio participando de forma activa en aquellos juegos de política. Agitó la cabeza y apartó aquellos pensamientos.

La puerta se abrió lentamente y uno de los médicos se acercó hasta él para hablarle en voz baja.

— Hay un hombre que quiere hablar con usted. Dice llamarse Talos.

— Gracias –respondió levantándose y saliendo de la habitación.

Talos lo esperaba con las manos entrelazadas por delante. Parecía reacio a contarle lo que había venido a contarle. Temeroso.

— ¿Qué ocurre Talos? No te andes con rodeos. Estoy ocupado.

— Puedo venir más tarde si es mal momento, yo...

— Ya me has interrumpido –le interrumpió perdiendo la calma -. Cuéntame, ¿qué quieres?

Miró para el suelo como si estuviese buscando algo, aunque en realidad buscaba un lugar hacia el que mirar mientras pensaba cómo abordarlo.

— Verás, una aspirante me ha contado una historia de un iletrado. Según me ha asegurado se ha escapado hacia el páramo anoche y no ha vuelto desde entonces.

Guardó silencio esperando una respuesta.

— ¿Eso es todo?

— Yo le he dicho que era imposible. Que no podíamos arriesgar una expedición entera por un simple iletrado, pero ella insistió y...

— Y tú decidiste molestarme con este asunto... ¿A cambio de qué?

— ¿De qué? De nada, por supuesto. Pero parecía muy afectada y me hizo prometerle que lo transmitiría.

— ¿Desde cuándo te dejas presionar por tus alumnos, Talos? Estoy empezando a dudar de si eres el más adecuado para transmitir los conocimientos de la biblioteca.

— ¡Oh, no señor! Fue solo por empatía. Ella no se atrevería a presionarme. Discúlpeme, me he dejado llevar por las emociones y no he sido racional.

Talos empezó a irse y Ovidio no se lo impidió. Se giró hacia la puerta mientras le oía murmurar por lo bajo.

— ¿Cómo vamos a arriesgarnos por un iletrado? ¿Seré tonto? ¡Un niño además! ¿En qué estaría pensando?

El consejero se detuvo en seco.

— ¿Has dicho un niño?

— Sí señor. Solo es un niño, y de todas formas, si sigue allí ya estará muerto...

Ovidio expiró llenándose de paciencia.

— ¿Quién te lo ha pedido? Da igual, no quiero saberlo. Dígale a esa aspirante que venga a hablar conmigo. La esperaré aquí.

Talos pareció confuso.

— Pero, señor... solo es un iletra...

— ¿No me ha entendido? No sé qué es más insultante, que no me haya entendido o que esté cuestionando mi juicio.

En menos de tres segundos Talos ya había salido de su campo de visión.

Irimia temblaba de arriba abajo. Plantada delante de la puerta de la habitación del mismísimo Gran Maestro, se agarraba las manos sin saber qué hacer con ellas mientras esperaba a que avisaran al consejero Ovidio de su presencia. El consejero tenía una gran fama dentro de la biblioteca. Muchos lo catalogaban como una persona arisca, estricta y huraña. Los más generosos se limitaban a decir que era una persona de difícil trato. Todos estaban más o menos de acuerdo en estos términos aunque también en que era uno de los letrados más brillantes de toda la biblioteca.

La puerta se abrió y tras ella se presentó la imponente figura del consejero. Reparó en ella y la analizó a fondo en apenas un segundo mientras cerraba la puerta.

— ¿Tú eres la aspirante que envía Talos?

— Sí. Me llamo Irimia.

— El Gran Maestre está muy enfermo, Irimia. Su estado es tan grave que se está barajando la posibilidad de nombrar un organismo que se encargue de sus funciones. Nos encontramos en el momento político más importante de Biblos en los últimos treinta años. ¿Por qué debo convencer a varios de los letrados capacitados para realizar una expedición para ir a rescatar a un niño iletrado que ni siquiera estamos seguros de que se encuentre en el páramo?

Irimia tragó saliva.

— Es un niño, por supuesto que es un iletrado. Y además, no puede valerse por sí mismo. Está perdido y en su caso eso es lo mismo que estar condenado. Si no somos quienes de velar por los miembros más vulnerables de nuestra sociedad, ¿qué clase de sociedad somos?

— Una sociedad pragmática en la que se valora el riesgo y el beneficio para garantizar un porvenir próspero. Una expedición es mucho riesgo, ¿qué beneficio balancea esta ecuación?

Irimia no podía creerse estar discutiendo de forma tan abierta con uno de los consejeros más respetados de Biblos.

— El beneficio de dar valor a lo velado. ¿Conoce usted la historia de “El Recaudador”?

Por supuesto que la conocía. Se trataba de una historia real de un monarca muy antiguo, de la época anterior al páramo. Durante su reinado se dedicó a juntar una gran fortuna dentro de su pequeño reino. Su afán recaudatorio fue tan grande que llegó un momento en el que poseía casi la totalidad de las monedas del reino. En un primer momento el valor de cada moneda aumentó muchísimo, consiguiendo revalorizar su fortuna, pero enseguida fue tan escasa que los habitantes del reino empezaron a comerciar con el intercambio e incluso a acuñar monedas propias. De pronto, no aceptaban las monedas del reino, pues no tenían acceso a ellas. Así, la riqueza del rey, de la noche a la mañana, pasó a no valer nada.

— ¿Consideras entonces que nuestra sociedad es menos valiosa si no arriesgamos un gran valor para salvar un elemento improductivo? ¿Y acaso no reduciría el valor de nuestra sociedad también el hecho de optar por una opción no racional?

— Una opción no racional sería excluir de la valoración la ética y el valor que esta aporta a la sociedad. Del mismo modo que es necesario valorar el riesgo en su justa medida. ¿Es tanto el riesgo? ¿Es ético abandonar a un niño a su suerte?

Ovidio examinó a Irimia durante varios segundos en silencio.

— Si te propusiera formar parte de esa expedición, ¿Irirías? ¿Arriesgarías tu vida por ese niño? ¿Y por un niño al que no conocieras? ¿Y la vida de otras siete personas muy útiles para la sociedad?

— Sí.

— Está bien. Intentaré formar un grupo, pero no voy a obligar a nadie. Esgrimiré tus mismos argumentos con los miembros del consejo y que ellos lo valoren. Dejaré muy claro la voluntariedad de participar en esta expedición.

— Muchas gracias, señor.

Hizo una pequeña reverencia y se alejó de él. Ovidio la vio marcharse. Aquella aspirante le había rebatido mejor que muchos de los miembros del consejo. Al menos con más franqueza y agudeza que la gran mayoría de ellos. Él sabía que no habría siete voluntarios para participar en aquella locura, y mucho menos en aquel momento tan crucial para la biblioteca. En cualquier caso anotó en su cabeza el nombre de aquella muchacha y se prometió informarse sobre ella, su evolución y sus clases.

Al día siguiente, Ovidio y Ulio charlaban en el salón de este último. Ulio miraba a su compañero divertido, mientras este releía incrédulo una de las cartas que tenía en la mano.

— Me encanta tu gesto cuando algo te descoloca –bromeó -. Es un placer tan inusual que me gusta saborearlo bien.

Ovidio no cambió el gesto serio y desencajado.

— ¡Doce! Es que no han sido tres o cuatro. Han sido doce solicitudes para inscribirse en la expedición. Aún no lo entiendo.

— En serio, yo si que no entiendo cómo puedes ser tan brillante para algunas cuestiones y tan obtuso para otras –respondió aún sonriendo.

Levantó la mirada y lo miró, serio. Ulio relajó la cara y volvió a intervenir.

— Son tiempos agitados, ya lo sabes. Muchos han interpretado tu invitación genérica como una llamada de apoyo. Son gente que quiere ganarse tu simpatía entendiendo que esta invitación es una maniobra política. Eres un árbol apetecible al que arrimarse.

— ¿Y no están más preocupados por cual es la mejor opción de gobierno? ¿Cómo pueden abandonar Biblos con el Gran Maestre en su estado actual? Pero peor aún, ¿quieren realmente rescatar a ese niño o solo esperan sacar un beneficio de todo esto? Porque si es así sería capaz de dejarlos a la mitad en el páramo.

Ulio volvió a reír. Disfrutaba con la situación.

— Bueno, no tienes por qué hacerla. Puedes simplemente cancelarla.

— No puedo.

— Claro que puedes.

— No, no puedo. De alguna forma, esa niña me ha ganado esta partida. ¿Habría previsto que esto sucediera?

— No lo creo. Solo ha tenido la suerte de dar con un cabezota como tú.

Ovidio se levantó.

— Algo sacaremos de todo esto. Buscaremos al niño. Puede que salvemos una vida, y al mismo tiempo, lanzaremos un mensaje. No debemos olvidarnos de los iletrados. Si no podemos cobijarlos bajo nuestra protección, estamos perdidos.

— Vamos, no exageres. Que solo es un niño.

— Precisamente por eso. Esta noche viajaremos al páramo.

Capítulo 8

Irimia se presentó en el salón de Ovidio tras recibir un mensaje ordenándolo. Se había enterado de que la propuesta de realizar la expedición había sido un éxito y muchos se habían ofrecido a participar. Se imaginaba que el consejero la había convocado para comunicárselo en persona.

En cuanto recibió la carta, fue a contárselo a Xob, que después de un abrazo de júbilo y esperanza, le había dicho que formaría parte de esa expedición. Ella le advirtió de que no se lo permitirían. Ni siquiera los aspirantes tenían permitido internarse en el páramo. Sólo los letrados más expertos estaban capacitados para hacerlo. Al final, acordaron que Xob acudiría con ella y se lo propondrían a Ovidio.

Ovidio los esperaba sentado sobre un sillón y les invitó a que hicieran lo mismo. No pareció molestarle que se hubiese presentado acompañada.

— Supongo que ya te habrás enterado pero, hemos empezado con los preparativos de la expedición. La previsión es salir esta noche dado que ya hemos juntado gente suficiente para realizarla.

— Se lo agradezco mucho, señor.

— Para el éxito de la misión necesitamos conocer más información de ese niño – continuó como si no le hubieran interrumpido -y de las circunstancias que le rodean, además de una descripción física detallada.

— Señor, este es Xob. Es un amigo de la familia del niño perdido. Era un aspirante hasta ayer mismo. Y uno brillante, debo decir. Él podrá conseguir toda esa información.

Xob asintió dando su aprobación. Ovidio volvió a ignorar sus palabras.

— He seleccionado a diez de los mejores letrados que se han presentado voluntarios para que formen parte de este viaje.

— Señor, de eso queríamos hablarle. Xob se quiere presentar voluntario para participar en la expedición.

Xob tomó la palabra.

— Les será útil porque conozco al chico. Sé cómo es su aspecto y lo conozco en profundidad. Puede que haga falta saber cómo actúa para seguirle la pista.

Por primera vez el consejero pareció reparar en su presencia.

— ¿Has estado alguna vez en el páramo, muchacho?

Él negó.

— Maestros y letrados con mentes extraordinarias han perdido la cabeza en esas tierras. Muchos grandes pensadores han vuelto con secuelas. No podemos arriesgarnos a llevar un iletrado. No durarías ni una hora cuerdo en el páramo y serías una molestia.

Xob arrugó el gesto.

— No seré una molestia. No tendrán que encargarse de mí. Ni siquiera se enterarán de que estoy allí si es lo que desean.

— Esto no es un juego, no vendrá usted con nosotros y no voy a perder más tiempo intentando hacerle entender por qué sería una locura lo contrario.

— Era un aspirante hasta ayer –respondió ofendido.

— Y por lo tanto su lugar ya no está entre estas paredes. Ahora quisiera entablar una conversación con su ex compañera. Si es tan amable de ahorrarme el llamar a los guardias. Sería desagradable tener que hacerlo.

Xob se puso en pie con brusquedad, miró a Ovidio, luego a Irimia dos segundos y salió de la habitación a pasos largos.

— ¿Era necesario tratarle así? –preguntó ella con tono neutro.

— Sí. Es un iletrado. Cuanto antes acepte su nueva situación mejor le irá. Muchos aspirantes pierden años de su vida comportándose como si fueran letrados al ser expulsados de la biblioteca. Puede creerme o no, pero en este caso mi falta de tacto ha sido por su propio bien.

No muy convencida, aceptó sus palabras.

— Ha dicho usted antes que había seleccionado a diez candidatos. Tengo entendido que las expediciones son de doce miembros. ¿No se han presentado suficientes?

— En absoluto. Ha habido más de quince ofrecimientos. He elegido a diez, y los últimos dos miembros están en esta habitación ahora mismo.

— No entiendo a qué se... -y se calló al comprenderlo.

Xob e Irimia se juntaron con Adria para contarle lo sucedido en la reunión.

— Y entonces me ha propuesto participar en la expedición.

— ¿A ti? -Se sorprendió Adria.

— Si. Y bueno. En realidad no me lo ha propuesto. Me ha informado de que iría con ellos. No me ha preguntado.

— No lo entiendo, -se quejó él- me niega un sitio a mi, que se lo he pedido, y acto seguido te lo ofrece a ti. ¿Por qué es más peligroso para mi que para ti? Hasta hace un día éramos iguales.

— No lo sé. Y por lo que me he enterado, nunca un iletrado ni ningún aspirante han participado en expediciones al páramo. De hecho, los aspirantes tienen prohibido el acceso bajo pena de expulsión.

Adria se miró las manos, y cuando alzó la vista sus ojos estaban húmedos.

— ¿Crees que lo encontraréis? ¿Hay esperanza para él?

Al ver su aflicción Xob abandonó su expresión ofendida y pasó un brazo sobre su hombro para consolarla. A continuación fue Irimia la que miró hacia sus manos.

— No se organizaría la expedición si no hubiera esperanza. No se arriesgarían. De todos modos no es sencillo. Puede estar en cualquier lugar. Nuestras opciones pasan por encontrar huellas o signos de su presencia y seguirlos.

— No sabes todo lo que te agradezco lo que has hecho. Si hubiera algo que pudiera hacer para compensártelo solo dímelo.

— Tranquila, no es nada.

Aunque en su rostro no pudo ocultar la aprensión que le provocaba la idea de salir al páramo.

Los doce miembros de la expedición se reunieron en el salón principal portando faroles y con zurroneos cruzados al hombro cargados de libros. Ovidio le había recomendado a Irimia que eligiera libros que le inspirasen a reflexionar. Lo que solían hacer los letrados que participaban en expediciones era llevar los libros que hablaran de las investigaciones y trabajos que estuvieran llevando a cabo, de ese modo les resultaba fácil coger el hilo y realizar la tarea intelectual que debían realizar para mantener a raya la enfermedad del páramo.

Ella había oído muchas historias sobre el páramo y ninguna era demasiado halagüeña. Se decía que la enfermedad de ahuecaba las articulaciones, dejándotelas vacías e impidiendo su funcionalidad. Después comenzaba a vaciarte los órganos internos haciendo que fallaran uno tras otro. Incluso después de haber muerto, la enfermedad continuaba su tarea hasta que de un cuerpo no quedaba nada más que los huesos huecos y frágiles que se despedazaban con un leve contacto.

El consejero la tranquilizó diciéndole que eso solo le ocurría a los que vagaban solos por el páramo. Que cuando se viajaba en grupo y con las medidas intelectuales adecuadas, sus efectos no eran más que mareos, a veces vómitos y sensación de pesadumbre.

Se juntaron los doce al ocaso, tal y como habían acordado, e iniciaron la marcha formando en filas de dos encabezados por el mayor de todos ellos y la más pequeña. Consejero y aspirante.

Salieron de la biblioteca y atravesaron las calles principales de los alrededores que conducían hacia la zona exterior de Biblos. Los iletrados que se fueron encontrando por el camino se quedaban mirando para ellos deteniendo su actividad. Irimia buscó entre la gente a Xob con la esperanza de que hubiera ido a despedirla, pero no lo vio por ningún lado. Desde que Ovidio le prohibió participar en la expedición se había mostrado molesto y distante con ella. Si vio en cambio a Adria, que la despidió con la mano y con la preocupación reflejada en su expresión.

El primer paso fuera de las extensiones consideradas parte de Biblos le produjo un escalofrío de abajo hacia arriba, que aunque era consciente de que era algo ilusorio, sintió como algo tan real que se le pusieron los pelos de punta. Conforme se alejaban de las últimas casas, sentía como si no fuese a volver nunca. Como si fuese uno de esos antiguos naufragos que abandonaba su isla en una balsa sin posibilidad de volver a la costa y exponiéndose al extenso océano.

Pronto Biblos no fue más que una imagen en el horizonte que cada vez era más pequeña.

Varias horas más tarde, el grupo se había detenido. Encendiendo una hoguera se dispusieron todos de espaldas a ella, sentados en una postura de meditación le habían enseñado en sus clases del primer año. Todos habían abierto sus libros y aprovechando la luz del fuego leían concentrados.

Irimia era incapaz de enfrascarse en la lectura. Los nervios le impedían concentrarse y el hecho de no poder hacerlo, los hacían más difíciles de dominar. Empezaron a picarle las articulaciones, pero sabía que era una sensación irreal, más provocada por la paranoia que por un efecto físico real.

Al final, con mucho esfuerzo pudo centrar su atención en el contenido del libro, y su malestar pasó. Leyeron en silencio durante varias horas hasta que decidieron poner fin a dicha tarea y descansaron. Antes de hacerlo comieron algo y charlaron en pequeños grupos.

— ¿Por qué siempre se inician las expediciones por la noche? —preguntó ella al consejero intrigada.

— Mitad tradición y mitad superstición. Cuentan que los peores momentos de una expedición son los que abandonas tu hogar y te enfrentas a la devastadora soledad del páramo. Viajando de noche la visibilidad es peor y cuesta menos alejarse. Al día siguiente, cuando amanece tienes que estar a varias horas de distancia para evitar la tentación de volver por tu propia cuenta. Una vez dentro, lo que domina tu mente es la urgencia por cumplir tu tarea y poder volver.

— Entiendo. ¿Y qué haremos ahora?

— Dormir. Hemos leído casi dos horas. Debería ser suficiente como para poder descansar seis horas sin peligro. Por la mañana deberemos volver a leer otro par de horas antes de reanudar la marcha.

— ¿Y después hacia dónde iremos? No tenemos información sobre hacia dónde ha ido?

— Buscaremos signos de presencia humana. La ventaja que tenemos es que en este lugar no hay nadie. No hay huellas. No hay nada no natural. Una sola huella llama la atención y se detecta con facilidad.

— Pero, ¿y la lluvia? El suelo está mojado. Ha llovido. ¿Eso no borra las huellas?

— Parcialmente. Pero también hace que la tierra se vuelva blanda y las pisadas sean más profundas.

Irimia guardó silencio hasta que otra duda asaltó su mente.

— He leído sobre las trampas de tierra. ¿Cómo podemos detectarlas?

— Las detectamos con el tacto del pie con el suelo. Cuando ya has visto una trampa de tierra, ya eres capaz de detectarlas. Las trampas de tierra son zonas donde la tierra misma se ha ido quedando huecas generando burbujas en su interior. Cuando te aproximas a una trampa, notas cómo el suelo es menos compacto, y tus pisadas son como golpes a un tambor. Con el suelo mojado son más difíciles de detectar.

— Entiendo. ¿Y cuánto tiempo puede durar una expedición como esta? Es decir, si no encontramos al niño, ¿Cuándo nos rendiremos y volveremos con las manos vacías?

— Normalmente, las expediciones duran dos días. A veces tres. Más tiempo en el páramo es arriesgarse a que algún miembro no vuelva con vida.

— Ya...

— Será mejor que descanses. No dormiremos muchas horas y mañana será un día duro.

Irimia se sintió reconfortada. Por alguna razón que desconocía estuvo más tranquila tras aquella conversación con el consejero. Después se dio cuenta de que aquella conversación había sido mucho más ilustradora que la lectura previa, y entendió su sensación de bienestar.

Tal y como le había dicho, a la mañana siguiente se despertaron para leer con las primeras luces. Después de hacerlo durante varias horas, se pusieron en movimiento y avanzaron despacio revisando cada pedazo de terreno que se cruzaban. Ovidio le explicó cómo detectar las huellas y advertir otros signos de presencia.

Después de muchas horas infructuosas de búsqueda, se detuvieron de nuevo. Había empezado a sentir ligeros mareos y malestar de estómago, pero no eran tan fuertes como para quejarse en voz alta. Por otro lado, viendo las caras largas de los otros miembros de la expedición, no parecían estar mucho mejor que ella.

Comieron y leyeron durante una hora antes de proseguir con la búsqueda.

Esa tarde encontraron la primera roca vacía. Era un objeto característico del páramo. Las rocas se iban vaciando, generando formas como roscas con agujeros redondeados dentro. Algunas no llegaban a perforarse del todo, pero formaban cavidades curiosas dentro de las rocas como si se tratase de cuencos grandes y pesados.

Aquella noche, al detenerse, Irimia y otro miembro de la expedición vomitaron. Leyeron, cuando se encontraron mejor, cenaron. Continuaron leyendo y descansaron.

El día siguiente fue idéntico. Dos horas de lectura al despertarse y muchas horas de caminar entre tierras y rocas sin ver ni un solo signo de presencia humana por los alrededores. La noche los alcanzó de nuevo, y la sombra del fracaso asomó en la expedición. Irimia logró contener los nutrientes en su estómago. No así otro miembro, que se vació el estómago antes de cenar.

Ovidio informó, de que si no encontraban nada a media tarde del día siguiente darían por finalizada la búsqueda y pondrían rumbo a Biblos para llegar durante la noche.

La mañana transcurrió sin novedad. Leyeron y comieron en absoluto silencio y muchos de ellos lo hicieron deseando volver a la biblioteca. Habían perdido las energías que al principio del viaje les habían dominado y el objetivo de la misión ya había pasado a un segundo plano para casi todos ellos.

Varias horas después del mediodía, Ovidio dio la señal de volver a Biblos.

— ¿Cuánto tiempo tardaremos en volver? –preguntó Irimia al consejero.

— Desde aquí puede que unas tres horas.

— ¿Y por qué no alargamos un par de horas la expedición? De todos modos llegaremos de noche, y aún hay mucha luz que podemos aprovechar.

Los expedicionarios oyeron las palabras de la aspirante y observaron en silencio la respuesta de Ovidio deseando que éste se negara.

— Tienes razón. Lo haremos así. Seguiremos dos horas más.

Sorprendidos y malhumorados, reanudaron la búsqueda sin ánimos. Incluso Irimia se arrepintió de insistir. Aún así, buscó con ahínco todos los signos de los que el consejero le habló, pero no halló ninguno.

Las horas pasaron, y sin más remedio, pusieron rumbo a Biblos. En un último vistazo, creyó ver algo moverse en el horizonte.

— ¿Qué es aquello? –preguntó a Ovidio señalando un objeto perfilado contra el cielo?

El consejero miró en aquella dirección, cubrió sus ojos para protegerlos de la luz solar y escrutó el horizonte.

— Es una extraña forma. Podría ser una pista. Iremos hasta allí, después volveremos.

Se aproximaron a la forma, y no tardaron en comprobar que se trataba de una roca partida. Aún más molestos por aquella improductiva demora, caminaron hacia la biblioteca y poco después del anochecer, entraron por sus puertas.

Capítulo 9

— ¡Eres imbécil! –gritó Irimia a Xob a la mañana siguiente cuando él le contó lo que había hecho.

Pálido y deshidratado, le explicó que les había seguido durante medio día a través del páramo. Ovidio le había negado formar parte de la expedición pero nadie le impediría intentar ayudar a encontrar a Glu.

A las pocas horas, el malestar se había vuelto casi insoportable. No dejaba de vomitar y el mareo le hacía complicado orientarse para volver a la biblioteca. Por suerte, la noche destacaba el tenue resplandor de las luces de Biblos y pudo alcanzar de nuevo su casa.

Desde entonces había permanecido en cama, recuperándose poco a poco.

— He confiado en ti. Me he expuesto, para hacer lo que me pedías, ¿y tú haces esta locura?

Se levantó casi tirando el taburete en el que se había sentado.

— ¡No vuelvas a pedirme que te ayude en nada! –le espetó.

Salió de la casa malhumorada y se preparó para visitar a Adria y darle la mala noticia. Como se había esperado, se lo tomó mal y se dejó llevar por la angustia. Lloró y lloró en el hombro de Irimia hasta que esta consideró que debía dejarla sola. Entonces se fue, y abrumada también por la pena buscó su casa y se echó en su cama debatiéndose entre la pesadumbre y el sueño.

Ovidio se presentó en la casa de Adria aquella misma tarde. Desde el momento en que abandonó la biblioteca, el consejero se movía fuera de su entorno, y así lo aparentaba. Le costaba ubicarse en el caótico trazado de las calles donde grandes avenidas se veían interrumpidas por precarias edificaciones que desafiaban la lógica con su ubicación. Por fortuna, un antiguo Gran Maestro había introducido un código numérico que identificaba cada sección del anillo exterior de la biblioteca. De esa forma, siguiendo los paneles de delimitación zonal pudo localizar su casa y llamar a la desvencijada puerta.

La vieja Clara se apresuró a abrirle en cuanto se dio cuenta de quien era el que llamaba.

— Adelante, señor. Pase. ¿Qué desea?

— ¿Son ustedes los padres de Glu? –preguntó con educación.

— Sí. Soy su madre. Pero no se quede ahí. Pase, pase.

El consejero no mostró muchas ganas de hacerlo, pero atravesó el umbral y echó una ojeada a la casa. Un pequeño comedor hacía de recibidor y cocina. Una mesa de madera maciza rodeada de taburetes ocupaba casi todo el espacio de aquel lugar. Bordeándola se podía llegar a una despensa acompañada de un hueco en la pared que servía como chimenea. Un poco más allá, dos puertas separaban dos habitaciones que Ovidio prefería no descubrir.

— Lamento mucho la ausencia del muchacho. No hemos logrado localizarlo. La buena noticia es que no hemos encontrado signos de su presencia de modo que puede que

siga escondido en alguna parte. En cualquier caso, venía a darles mi apoyo y a decirles que lamento que no lo hayamos encontrado.

Clara sonreía abrumada por las amables palabras del consejero y parecía no saber qué decir. En ese momento una de las puertas se abrió emitiendo un ruido crujiente.

— ¡No podéis dejarlo allí! –Exclamó Adria apareciendo de pronto desde el otro lado–¡Glu sigue en el páramo y habéis vuelto sin él! ¡Vais a dejar que se muera allí!

Ovidio guardó silencio, pero tensó los músculos de su rostro.

— No le haga caso. Está muy apenada. –Se giró hacia ella -. ¡Vete a tu cuarto y cállate!

— ¡Son unos cobardes! ¡Han vuelto sin él!

Xob apareció desde la habitación de Adria, pálido y mareado aún. Su mirada y la del consejero se cruzaron un instante. Se apresuró a coger a Adria y llevarla hasta su cuarto. Ella se dejó llevar sin dejar de llorar ni de mirar hacia Ovidio.

— Debe disculparla, señor. Estaba muy unida a su hermano –se disculpó Clara.

El consejero parecía desenchajado.

— ¿Podría ver la habitación de Glu? –preguntó sin más.

Ella esperaba una reacción colérica de forma que se mostró sorprendida, a continuación, palideció.

— No tiene nada de interés. Compartía habitación con Adria. Y no creo que debamos molestarla.

Ovidio la ignoró y avanzó hacia la habitación en la que Xob y Adria se habían metido. Abrió la puerta sin avisar y echó un vistazo al interior. Los dos jóvenes permanecían sentados. Él calmándola a ella. Pero no les prestó la más mínima atención, sus ojos se centraron en las paredes, que estaban cubiertas por completo de garabatos pintados de diferentes colores. Animales, plantas, hombres, mujeres. Todos pintados en un mural alegre y caótico. Incluso había seres que eran mitad persona, mitad animal. Un sol que sonreía. Una luna adornada con aros y un montón de garabatos que la rodeaban. Toda una muestra de rebeldía ante el monocromático marrón apagado de las paredes de madera.

— Interesante... -comentó en voz baja.

Su mirada recorrió toda la habitación, y se detuvo en una pequeña maceta que descansaba junto a la cama donde debía de dormir Glu. Sobre la tierra, una pequeña mifusa parecía saludarlo algo apagada. Su sorpresa cambió, su gesto se volvió serio mostrando una profunda meditación. Acto seguido, se dio la vuelta y abandonó la casa sin decir nada.

Adria recuperó la compostura ante la sorpresa de la repentina huida de Ovidio.

— ¿Qué ha pasado? ¿Por qué se ha marchado?

Cuando Clara se recuperó del aturdimiento, entró en la habitación colérica.

— ¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¿Quién sabe lo que nos ocurrirá ahora? ¡Oh! ¿Qué va a ser de nosotros? –la ira se transformó en lamento -¿Dónde vamos a vivir?

La mujer se marchó de allí balbuceando dejando a Xob y a Adria sumidos en la confusión.

— No parecía enfadado –indicó él.

— Pero ha visto los dibujos de Glu.

— Da igual, parecía que no le importaban. Miró hacia esa planta, y se marchó.

— Seguro que va a llamar a la guardia –se lamentó ella.

— Que lo haga. Y que encuentren a Glu y lo encierren.

Ella suspiró comprendiendo su lógica.

— Tendremos que borrarlos de todos modos... pero aún no.

Sollozó y Xob la abrazó. Se mantuvieron así durante un tiempo, como si éste no pasara. Él se sentía débil y mareado, pero no le importaba. Adria se fue tranquilizando, y cuando ya parecía haber dejado de llorar, Irimia entró en la habitación. Al verlos adoptó un gesto duro. Los miró durante dos segundos antes de hablar.

— Me envía el consejero Ovidio. Xob debes acompañarme de inmediato.

Salió con pisadas fuertes y sonoras y lo esperó fuera.

Xob fue guiado hasta la enfermería de la biblioteca. Irimia le explicó de malas maneras, que el consejero le había ordenado encargarse personalmente de sus cuidados y que debería pasar allí al menos dos días para recuperarse de los efectos del páramo. Le informó de que allí sería atendido por algunos médicos letrados, pero que ella debía visitarle tres veces al día y cubrir sus necesidades ajenas a la curación: informar a su familia, llevarle la comida y lo que necesitara.

— Así que, ¿necesitas algo? –le preguntó al terminar de explicárselo.

— No. Solo que me perdone.

— Lo siento, no puedo encargarme de eso. Te veré por la noche –respondió despidiéndose.

Ovidio se retiró a su habitación y descansó. Bajo su puerta habían colado una nota de Ulio solicitando su presencia, pero la ignoró. Sentado sobre una de las butacas reflexionó con la mirada fija en sus espléndidas mifusas. Y tras más de una hora sentado en la misma postura, se levantó y fue a visitar al Gran Maestro.

— Necesito que me dejéis a solas con él –susurró al médico que se encargaba de vigilarlo -. Me encargaré de avisaros si veo algún signo de evolución.

Sin rechistar, el médico salió de la habitación como si fuese un fantasma, sin emitir ruido alguno. Ovidio se acercó a la cama y se inclinó cerca de la cabeza de Vítor.

— ¿Qué sentido tiene todo esto, señor? -le susurró -. Necesito su sabiduría.

El niño. Los dibujos. Las flores. Sólo conocía un sitio donde crecieran las mifusas y era su propio cuarto. Habían logrado conservarlas cierto tiempo en otros lugares de la biblioteca, pero nunca fuera de ella. Aquel tipo de flor parecía muy sensible al efecto del páramo y sin embargo, allí estaba, en una casa en el anillo exterior, tan cerca del páramo que pocas plantas son capaces de desarrollarse allí.

— ¿Mas las han robado o hay algo más? -le preguntó al cuerpo inanimado del Gran Maestro.

Dos horas después, ya había tomado una decisión. Caminó atravesando salones y pasillos hasta la habitación de Ulio. Entró sin llamar y sorprendió a su compañero sumido en la lectura. Se mostró sorprendido por la irrupción.

— Necesito tu ayuda.

Ulio se mostró complacido por aquella repentina situación de dependencia.

— ¿De qué se trata? -preguntó regodeándose.

— Volveré al páramo. Hoy.

Capítulo 10

No fue fácil reunir un nuevo grupo para una expedición. Por un lado, apenas tenían tiempo de organización, por otro, el día anterior habían terminado un duro viaje improductivo, y el tirón inicial que pudo tener aquella inesperada travesía había perdido toda su fuerza.

Ovidio contactó con aquellos voluntarios que se habían quedado fuera de la primera expedición, se cobró varios favores personales y tiró de influencias para convencer a otros letrados. Ya no pudo seleccionar a los miembros que compondrían el grupo, pero se conformó con juntar a doce miembros capaces de soportar el esfuerzo.

Temía por su propio aguante. Acababa de volver de la anterior y no estaba para nada recuperado, sin embargo, se creía capaz de aguantar una nueva travesía. Ulio aceptó a regañadientes. No quería aceptar la propuesta sin saber a qué se debía aquella repentina necesidad, pero Ovidio se mostró indescifrable. De hecho, el misterio que envolvía a aquella segunda expedición fue uno de los alicientes que terminaron de convencer a los que al principio se habían mostrado reacios a colaborar.

Se preparó todo en un abrir y cerrar de ojos. Los doce miembros, con sus zurroneos cargados de libros y víveres se reunieron a las puertas de la biblioteca. Esta vez fueron numerosos los letrados que acudieron a despedirlos, incluyendo a Irimia y a otros aspirantes. Corrió la voz por toda la biblioteca y muchas eran las especulaciones sobre la misión que iban a emprender.

Adria y Clara los vieron pasar al otro lado de las puertas y despidieron a Ovidio con un gesto de la mano, pero él ni siquiera miró hacia ellas. Con el rostro serio y la convicción reflejada en sus ojos, continuó encabezando el grupo hacia las tierras desoladas del páramo.

— ¿Me quieres contar qué te propones antes de abandonar Biblos? –le preguntó Ulio cuando ya lindaban los últimos territorios habitados.

Negó con la cabeza y no dio más información a su compañero. Iluminados por los faroles que portaban, se internaron en la oscuridad del páramo, dejando tras de sí las luces de la biblioteca.

Al igual que en cada expedición, se internaron en el desierto de tierra durante dos horas, y se detuvieron entonces a descansar. Repitiendo el procedimiento habitual, leyeron a la luz de una hoguera central y descansaron después. Leyeron por la mañana, y reanudaron la marcha abarcando nuevas zonas que no habían recorrido en la anterior expedición.

— No sé que mosca te ha picado –le insistió Ulio ya dominado por la pesadumbre que solía provocar el páramo -, pero si lo que pretendes es encontrar a ese niño debes saber que si de verdad se ha perdido en el páramo, ya estará muerto. Solo encontraríamos unos huesos rodeados de poca carne.

Ovidio no modificó su expresión.

— Sigamos buscando.

El día pasó, y justo cuando se disponían a montar el campamento, encontraron unas tenues huellas medio borradas por la lluvia.

La excitación rodeó al grupo. Algunos comenzaron a seguirlas y a otear el horizonte en busca del niño. Ovidio permaneció quieto y se limitó a dar una orden.

— Acampemos. Debemos hacerlo antes de que anochezca. Seguiremos el rastro por la mañana.

Así lo hicieron. Algo abatidos por la frustración de no poder seguir las huellas se instalaron y leyeron, como dictaba el proceso.

Por la mañana, Ulio intentó despertar a Ovidio y se asustó cuando éste no reaccionó a la primera. Después de abofetearlo, el consejero abrió los ojos y miró alrededor desorientado.

— ¿Te encuentras bien?

— Sí, sí. Claro. Leamos.

Leyeron, y reanudaron la marcha siguiendo el primer rastro que habían encontrado. No tardaron en encontrar huellas más recientes que zigzagueaban entre las colinas. Más adelante, un charco de sangre.

— No puede estar vivo. Si no está muerto por la enfermedad del páramo, lo estará por la pérdida de sangre.

— Si hubiera muerto por la pérdida de sangre, ¿dónde estaría el cuerpo?

Siguieron las huellas durante todo el día. Cada vez éstas eran más claras y profundas, pero al mismo tiempo más caóticas. Tanto mantenían una dirección recta, como daban vueltas sobre sí mismo. Se volvían imprecisas en zonas donde interpretaron que había estado saltando y por otras eran surcos en el suelo donde había arrastrado los pies.

— ¿Cómo podía tener tanta vitalidad? ¡Debía de estar muy débil! —murmuraban cada poco.

Al final, las huellas terminaron, y junto al fin de las huellas, el cuerpo de un muchacho con cara de niño.

Capítulo 11

La expedición volvió a Biblos cargando dos cuerpos inertes. El de Glu, ya de por sí pequeño, se volvía aún más ligero debido al efecto del páramo. De hecho, resultó muy complicado de manipular dado que las articulaciones se encontraban muy deterioradas. El otro bulto que transportaban era más pesado y a duras penas podían con él. Ovidio se había desplomado al poco de encontrar a Glu y no había vuelto en sí desde entonces.

Ambos cuerpos fueron llevados a la enfermería a su llegada. Para entonces, la noticia de la expedición había recorrido todo Biblos, y muchos fueron los que siguieron al grupo desde que fueron vistos en el horizonte, hasta la misma entrada a la biblioteca.

Una vez dentro, fueron sus habitantes los que hicieron lo mismo y se preocuparon de atender a los expedicionarios. Cuando Ovidio recuperó la consciencia, Ulio e Irimia lo miraban sentados a su lado.

— Mala hierba nunca muere –se burló él mirando cómo su compañero abría los ojos.

— Ni se calla –respondió desde la cama.

Miró alrededor y vio que se encontraban los tres solos en una sala privada de la enfermería.

— ¿Dónde está el niño? ¿Cómo está?

— Mucho mejor de lo que debería. Está vivo.

Irimia tomó la palabra, cansada de las burlas del consejero.

— Está inconsciente. No se ha despertado, pero dicen que puede que se recupere. Está en una sala colindante.

—Voy a verlo –dijo incorporándose.

Ulio e Irimia se pusieron de pie al mismo tiempo y contuvieron su movimiento.

— Nada de eso. No puedes levantarte aún. Estás muy débil. –Quiso revelarse, pero los mareos le terminaron de convencer y se dejó apoyar de nuevo en la cama-. Estás loco. No deberías haber hecho dos viajes seguidos al páramo.

— Sí debería. Ha sido una buena decisión.

— Claro. ¡No has sido tú quien ha cargado un fardo gordo y pesado hasta aquí! –soltó bromeando.

— Pero lo hemos logrado. El chico está aquí. Vivo. -Ulio adoptó una sonrisa irónica, miró a Irimia y se calló-. Es una gran victoria, compañero.

Ovidio sonrió, cerró los ojos y guardó silencio. No supieron si dormía, si meditaba o si solo descansaba, pero en cuanto apareció el médico encargado de supervisarlos, se fueron de allí.

Irimia acudió a ver si Xob necesitaba algo. Adria se encontraba sentada a su lado y charlaban animados. Él había recuperado el color. Sin mucho énfasis, le preguntó cómo se encontraba y si necesitaba algo.

— No necesito nada, gracias.

Le sonrió y ella cogió el cuenco vacío que descansaba sobre la mesa que acompañaba a la cama. Al cabo de un minuto volvió con el cuenco lleno de agua, hablaban entre ellos de nuevo, Xob la observó acercarse sin dejar de escuchar. Irimia dejó el cuenco sobre la mesa y se marchó sin decir nada. Estaba bien atendido.

Adria no se separaba de allí. Había recibido autorización para acceder a la biblioteca dado el estado de su hermano a pesar de ser una iletrada, y aunque al principio veló por su hermano inconsciente, pronto se dio cuenta de que su estado no evolucionaba, y que su presencia allí no servía para nada. A partir de ese momento, pasaba las horas junto a la cama de Xob.

A Irimia le venía bien su presencia, ella se encargaría de controlar que no le faltara de nada, e incluso para su dolencia, le resultaba beneficioso tener un tema de conversación animado. Sin embargo no se encontraba a gusto en aquel lugar. Por un lado él no hacía más que intentar comprar su perdón con estúpidas sonrisas y palabras artificialmente amables, mientras ella, que estaba agradecida de verdad, también intentaba adularla y agradarle. No soportaba aquellas dos miradas sonrientes buscando algo de ella.

Cada vez sus visitas a la enfermería eran más distantes, hasta que Xob se recuperó del todo y dejó de estar allí. Y entonces Irimia se sintió todavía peor.

Reanudó su rutina diaria, sin expediciones, viajes ni permisos especiales. Se dirigió a uno de los salones de estudio donde algunos compañeros trabajaban en silencio, se sentó en su sitio preferido y sacó su índice de contenidos.

Durante los primeros años en la biblioteca como aspirante, las lecciones se impartían en clases enormes abarrotadas donde los maestros explicaban conceptos y ejercicios sencillos. Los alumnos atendían a las explicaciones, anotaban aquello que consideraban importante y lo interiorizaban para someterse después a las audiencias mensuales.

En aquel momento, muchos de los aspirantes contaban los días para alcanzar la primera audiencia y poner fin a su improductiva instrucción. La inscripción en la biblioteca era obligatoria para todos los niños de diez años, pero había familias que no estaban interesadas en continuar sus estudios y transmitían aquel pensamiento a sus hijos. Éstos, conscientes de que no durarían más de un mes, resultaban muy molestos para el desarrollo de las clases, pero una vez pasado ese primer filtro las cosas mejoraban.

La familia de Irimia era una de esas familias. Sus padres le habían quitado importancia a la instrucción desde que ella tenía uso de razón. Le decían que después de aquel primer mes de aprendizaje, volvería con ellos y trabajaría a su lado sembrando en los campos anexos a la biblioteca. Ella había asumido aquel destino, y aunque no le agradaba la tarea, la había aceptado como propia.

El día que le dieron la pluma, el tintero y el taco de papeles, los tiró al suelo, igual que muchos otros niños en un gesto de renuncia. Se sentó en la fila más alta y alejada de la posición del maestro orador, junto con otros aspirantes que renunciaban antes de empezar, y allí esperó en silencio a que pasara el tiempo.

Pero el aburrimiento, y la poca simpatía que sentía por los otros niños que se sentaban junto a ellos hicieron que empezara a prestar atención en las clases. No tomaba apuntes, solo se dedicaba a escuchar, con la cabeza apoyada en una mano y jugueteando con un dedo sobre la mesa.

La primera audiencia pondría fin a aquel largo mes de inactividad, pero nada ocurrió como esperaba. Conocía las respuestas a las preguntas que le hicieron en el examen, y sin mucho interés las fue respondiendo. No fue consciente de lo que de verdad ocurría hasta que el magistrado le comunicó sin mucho ánimo que había aprobado, y llamó enseguida al siguiente aspirante.

Al principio se extrañó, luego se apenó. Pasaría otro mes allí dentro... Pero luego se dio cuenta de todas las respuestas que había dado, en todo lo que había aprendido y su ánimo se recuperó ¡Pasaría otro mes allí dentro!

Al día siguiente consiguió tinta, tintero, pluma y papeles, se sentó en las filas delanteras y comenzó a tomar notas. A medida que iban pasando los meses, el número de aspirantes se iba reduciendo, y las lecciones eran más dinámicas, participativas y complejas. Se individualizaba mucho más el aprendizaje, lo cual permitía avanzar más rápido en los temas a estudiar. Antes de que se pudiera dar cuenta ya había terminado el primer año de estudios y logró pasar la audiencia anual.

Su familia no lo celebró como sí lo hicieron las demás. De todos modos ella se conformaba con que no condenaran su trayectoria como aspirante. Por fortuna, sus padres solo mostraron una tranquila indiferencia, asumiendo que tarde o temprano su hija suspendería y se uniría a trabajar con ellos.

Finalizó el tercer año, y con él el primer nivel de sus estudios. Pasó con facilidad la exigente prueba de cambio de nivel y esta vez sí sus padres se alegraron tanto como extrañaron.

— Ninguno de nosotros dos pasó del primer año –le explicó su madre.

— Pensamos que nunca llegarías hasta tan lejos. Espero que lo que te enseñen ahí dentro te valga para algo cuando te echen.

— ¡Oldo! No digas eso. A partir ahora tendrá el régimen especial de raciones. Ya le vale para algo.

Los aspirantes que pasaban el tercer año entregaban su carta de racionamiento, una pequeña tabla identificativa que debían entregar para recibir tres raciones de comida diarias, y a cambio recibían una especial, con la que las raciones resultaban mucho más generosas.

Al mismo tiempo, las lecciones impartidas a los alumnos que iniciaban el cuarto año eran más breves y entre una lección y otra, los aspirantes debían realizar ejercicios y redactar artículos basados en las enseñanzas recibidas y en los libros que habían aprendido a consultar.

Cada año, las lecciones eran más escasas, y sus horas de investigación en los salones de estudio más largas y exigentes. Recibieron entonces un volumen titulado “Índice de Contenidos” en el que los maestros anotaban los temas sobre los que debían investigar y los ejercicios que debían realizar. De ese modo, la formación de los aspirantes era autónoma, y solo necesitaban que los maestros y su tutor personal los guiaran en las cuestiones que se les escapaban.

Cuando alcanzó el quinto año sus padres ya mostraban interés en su formación. Se mostraban orgullosos y la animaban a esforzarse. Comprendieron que su hija tenía opciones reales de ingresar en la biblioteca, donde las raciones eran mucho más abundantes y sabrosas, no pasaría frío, calor, ni sufriría las consecuencias del trabajo físico. Tendría una

vida mejor y formaría parte de esa sociedad del otro lado de los muros que consumían la mayor parte de lo que sus cultivos producían.

Ya en el salón de estudio intentó concentrarse en sus lecciones. Pasó cerca de una hora para repasar las anotaciones que había tomado en sus últimas sesiones y en recordar hacia dónde quería llevar su estudio. Le costaba concentrarse. Pasó otra hora desarrollando con torpeza el tema que estaba tratando y cuando se empezó a sentir cómoda con el ritmo al que progresaba se dio cuenta de que el contenido que había generado se alejaba de la guía inicial que había previsto. No servía para nada.

Frustrada, dejó los libros en su sitio, recogió sus papeles, y se fue a su casa de mal humor. Había sido una tarde improductiva y en su cabeza no dejaban de aparecer las caras sonrientes de Adria y Xob mirándola. No lo soportaba.